

**DISCURSO DE CONTESTACION**  
**DEL**  
**ILMO. SR. D. FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO**



Señores académicos:

Al recibir el encargo de la Academia Alfonso X el Sabio de contestar en su nombre al discurso de ingreso de José Antonio Molina-Sánchez, un sentimiento de profunda gratitud movió mi espíritu reconociendo así el valor de la ocasión que se me ofrecía de poder manifestar mi admiración al amigo y a su obra. Por ello, aunque sea obligado, por la tradición y la condición del momento, quiero que mis palabras sirvan para referir y relacionar los méritos del nuevo académico aunque dejando asomar en ellas la pasión incondicional de la amistad.

Hace ya muchos años que su labor de pintor y mis palabras de amigo de la literatura aparecieron juntas en un libro que hablaba de la vida de los hombres de las tierras murcianás. Desde entonces han sido varias las ocasiones en que hemos unido nuestro hacer sirviendo como motivo unas veces alguna de sus exposiciones, otras el homenaje al poeta Polo de Medina..., hasta hoy, cuando acude a dar lectura de su discurso de ingreso en esta Academia donde su sensibilidad de artista unida a su singular proyección de hombre que sabe mirar el hecho cultural desde su rica y limpia personalidad pronto sabrán dar sus frutos.

Pero antes de referir algunos de sus méritos, permitiéndome una licencia que no sé si es académica o no, quisiera referirme a José Antonio Molina-Sánchez como lo que es, un hombre de singular condición humana, un hombre que si se caracteriza por algo es por una dominante afectividad que le impulsa, vez tras vez, a una perpetua comunicación que no es otra cosa que la proyección de su ajustada personalidad. Hoy mismo, en esta sala, por medio de su diáfana palabra, hemos tenido fiel prueba de cuanto digo, porque José Antonio Molina-Sánchez es un tipo de hombre murciano que gusta tanto de darse, de ofrecerse desde su verdad, que al final resulta ser un testigo excepcional y su testimonio una de



esas piedras claves desde la que es posible reconstruir y reparar en la medida humana lo que ha sido, lo que es, la vida.

Había en la historia de la actividad artística de Murcia una amplia laguna que colmar que comprendía los años inmediatamente anteriores a la guerra civil y los que después discurrieron hasta los primeros de los años sesenta, años en los que una generación continuadora de la de Joaquín, Garay, Gaya, Flores..., trataba de abrirse paso con dificultad y empuje en unos años de silencio y pobreza que mediatizaban en todos los sentidos, y sin embargo... rica y llena de obras, de búsquedas y ensayos... Por estas páginas, en relación singular y colmada de matices aparecen esa amplia procesión de hombres que en aquella Murcia aquietada pintaron, escribieron, leyeron... Hombres y hechos que nos dicen del constante flujo y reflujo de ideas y experiencias sobre las formas. A partir de esta confesión de José Antonio Molina-Sánchez sabemos de ellos y es posible iniciar la búsqueda de otros datos que ampliarán su conocimiento investigadores que nos seguirán, pero por encima de este valor de punto de partida, deberíamos resaltar su poder de evocación de una Murcia entrevista y mal conocida pero palpante de vida y pensamiento.

Pero sigamos dejando constancia de otro rasgo de José Antonio Molina-Sánchez que hace de él un trotamundos inquisitivo, algo bien diferente de ese prototipo de artista e intelectual murciano un tanto ensimismado con la naturaleza sensual que le ampara y le impide acertar a abrirse al mundo que discurre a espaldas del horizonte aparentemente mediatizador. Molina-Sánchez ha sido hombre y pintor amigo de andar y ver distintos ámbitos y oír diferentes voces. Molina-Sánchez sabe que el hombre siempre debe ser peregrino con el hombre, que no debe ser postpuesto por la comodidad, más aparente que real, que a veces suele ofrecer nuestra tierra, y ha salido a andar tierras africanas, portuguesas, francesas, italianas..., a ver levantarse y caer el sol en el horizonte de mares lejanos... El resultado es su obra, proyección de su ser, de una alma de artista que no se circunscribe a un lugar, o lo que es lo mismo, que se proyecta desde y sobre valores universales y perennes en una búsqueda incansable sobre lo mejor que el hombre tiene, hasta el punto que nos es permitido sentir en él al hombre místico, al hombre que mira y acierta a percibir y expresarse desde su intimidad siempre deslumbrada por la realidad del mundo y de la naturaleza.

Para hacer esta obra Molina-Sánchez se ha formado en un mundo de ideas y sentimientos sobre todo, como hemos visto, ofrecido por poetas y escritores de perspicaz mirada, y maestro de fiel sabiduría didáctica como Pedro Sánchez Picazo, José Planes, Luis Garay..., y otros muchos,



para terminar trabajando en algo que no se puede aprender ni encontrar y que él poseía como un don precioso en abundancia y generosidad: me refiero a su hacer de pintor vertebrado sobre un dibujo expresivo y sobre un cálido sentido del color, en una fusión compleja que se proyecta en una imagen en la que la lógica juega un ambiguo papel pleno de modernidad.

Su pintura, hermana de la música, un secreto a voces, atempera emociones en las que el dibujo y el color en veladuras indefinidas y definidoras dan una dimensión en que pulsan fuerzas que termina salvándola de la materia. La pintura de Molina-Sánchez, así, vive su destino de pintura.

Fruto de este bien hacer es el reconocimiento de su obra por parte de críticos y estudiosos del arte del siglo XX español como Carrión Aznar, Gaya Nuño, José Hierro, Salvador Jiménez... y la concesión de numerosos premios y medallas en exposiciones nacionales e internacionales.

Sirvan estas palabras de mi contestación a su discurso de ejercicio introductorio de su obra y de su personalidad. Sirvan de aplauso y de bienvenida a la Academia Alfonso X el Sabio. Sirvan de expresión fiel de nuestros sentimientos y afecto.

Pero antes de terminar, y abusando de la paciencia de ustedes, quisiera permitirme otra licencia más haciendo referencia a un motivo muy preciso en la temática de su pintura que me ayudará a cerrar mis palabras, a un motivo muy querido por él y que explica siempre su dictado. Me refiero a que Molina-Sánchez, por encima de otras cosas, es el pintor de los ángeles, seres maravillosos, simple, puros, etéreos, desmaterializados..., que por él nos llegan dentro de una dimensión de familiaridad profunda. Nadie como él ha sabido hacérmolos tan evidentes y necesarios.

De aquí que al cerrar mi contestación lo haga trayendo a colación unas palabras que escribí para el trabajo que he hecho alusión anteriormente y que sirvió de introducción a una edición de poesías de Pofo de Medina ilustradas con numerosos grabados de nuestro pintor. Allí argumenté una alegoría en la que Murcia daba la bienvenida al poeta a la llegada de un viaje de la Corte, entre otras, con las siguientes palabras: «Murcia, patria contrastada y rica, con cielo azulón y luz que dibuja siempre una negra sombra, había aliñado su callejero árabe con un tropel de ángeles salidos de las manos del pintor Molina-Sánchez para darle la bienvenida y reconocer una vez más que las palabras de los poetas y los trazos de los pintores son sensibilidad que es inteligencia, comprensión que es esperanza, amargura que es amor..., que son voces y gestos de profetas



que anuncian que ya es vencido el tiempo del secreto. Los ojos del pintor indagan y las palabras del poeta indagan, que es manera de tener presente lo que al tiempo crean porque lo que el artista encontrando busca y en el momento justo halla, es algo que es indefinido, que estaba quieto y encantado y sordo, esperando, y que su aliento procura que cobren presencia y calor, virtudes de vida humanizada. Los murcianos y los ángeles del pintor vieron llegar al viajero molido por tanto barquinazo y polvo, y rompieron en voces de fiesta y alegría, y el poeta, al sentirse reconocido, se llenó de gozo y sus ojos se colmaron de brillo fantástico». Y esta tarde, al igual que aquella otra del poeta, cuando José Antonio Molina-Sánchez y Amparo Molina Niñirola, siempre Amparo y José Antonio juntos, venían hacia esta casa atravesando el callejero de nuestra ciudad, habrán visto también que los murcianos, en su honor, las hemos vuelto a adornar con sus ángeles, y han sonado voces de fiesta y aplausos de reconocimiento y, como aquella tarde, unos ángeles han volado a los campanarios para voltear y repicar las campanas.

